

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV

San José, Costa Rica

1949

Miércoles 30 de Marzo

No. 3

Año XXIX — No. 1078



(En el Rep. Amer. Atención del autor).

I

Feliz año, chilenos, para la patria en tinieblas,
feliz año para todos, para cada uno menos uno,
somos tan pocos, feliz año, compatriotas, hermanos,
hombres, mujeres, niños, hoy a Chile, a vosotros
vuela mi voz, golpea como un pájaro ciego
tu ventana, y te llama desde lejos.

Patria, el verano cubre tu cuerpo dulce y duro,
Las aristas de donde se ha marchado la nieve
galopando al océano con labios turbulentos,
se ven azules y altas como carbón del cielo.
Tal vez hoy, a esta hora llevas la verde túnica
que adoro, bosques, aguas, y en la cintura el trigo.
Y junto al mar, amada, patria marina, mueves
tu universo irisado de arenas y de ostras.

Tal vez, tal vez... ¿Quién soy para tocar de lejos,
tu nave, tu perfume? Soy parte tuya: círculo
secreto de madera sorprendido en tus árboles;
crecimiento callado como tu suave azufre;
estentórea ceniza de tu alma subterránea.

Cuando salí de ti perseguido, erizado
de barbas y pobreza, sin ropa, sin papel
para escribir las letras que son mi vida, sin
nada más que un pequeño saco, traje dos libros
y una sección de espino recién cortada al árbol.
Los libros: una geografía
y el Libro de las aves de Chile.

Todas las noches leo tu descripción, tus ríos:
ellos guían mi sueño, mi exilio, mi frontera.
Toco tus trenes, pasé la mano a tus cabellos,
me detengo a pensar en la ferruginosa
piel de tu geografía, bajo los ojos
a la luminaria esfera de arrugas y de cráteres,
y hacia el Sur mientras duermo va mi silencio envuelto
en tus finales truenos de sal desmoronada.

Cuando despierto (es otro el aire, la luz, otra
la calle, el campo, las estrellas) toco
la rodaja de espino tuyo que me acompaña,
cortada en Melipilla de un árbol que me dieron.

Y miro en la coraza del espino tu nombre,
áspero Chile, patria, corazón de corteza,
veo en su forma dura como la tierra, el rostro
de los que amo y me dieron sus manos como espinos,
los hombres del desierto, del nitrato y el cobre.

El corazón del árbol espinoso
es un círculo liso como un metal bruñido,
ocre como una mancha de dura sangre seca,
rodeada por un iris azufrado de leña,
y tocando este puro prodigio de la selva,
recuerdo sus hostiles y ensortijadas flores
cuando por las guirnaldas espinudas y espesas
el perfume violento de su fuerza te arroja.

Y así vidas y olores de mi país me siguen,
viven conmigo, encienden su terca llamarada
dentro de mí, gastándose y naciendo.
En otras tierras miran a través de mi ropa,
me ven como una lámpara que pasa por las calles,
dando una luz marina que traspasa las puertas;
es la espada encendida que me diste y que guardo,
como el espino, pura, poderosa, indomable.

II

LOS HOMBRES DE PISAGUA

Pero la mano que te acaricia se detiene
junto al desierto, al borde de la costa marítima
en un mundo azotado por la muerte.
¿Eres tú, Patria, eres esta, este es tu rostro?
¿Este martirio, esta corona roja
de alambres oxidados por el agua salobre?
¿Es Pisagua también tu rostro ahora?
¿Quién te hizo daño, cómo atravesaron
con un cuchillo tu desnuda miel?

Antes que a nadie, a ellos mi saludo,
a los hombres, al plinto de dolores,
a las mujeres, ramas de mañío,
a los niños, escuelas transparentes,
que sobre las arenas de Pisagua
fueron la patria perseguida, fueron
todo el honor de la tierra que amo.

Será el honor sagrado de mañana,
haber sido arrojado a tus arenas,
Pisagua: haber sido de pronto
recogido a la noche del terror
por orden de un felón envilecido
y haber llegado a tu calcáreo infierno
por defender la dignidad del hombre.